

Travistiendo a una santa para que sea de Lima

Puede considerarse histórica la oportunidad que tenemos de ver el trabajo de Sergio Zevallos en el Museo de Arte de Lima hasta marzo, a casi treinta años de la censura en el mismo lugar de la exposición del Grupo Chaclacayo, al que perteneció. Además, las dos salas principales del Museo están dedicadas a la casi inabarcable *Perder la forma humana*, con lo que el recinto está prácticamente tomado por cuerpos disidentes y provocadores, invitando a una experiencia con espíritu de cóctel molotov. Como la popular bomba, mucho de lo exhibido en ambas muestras es de “fabricación casera” y su propósito, más que la explosión, es la de expandir su contenido inflamable.

Hay que felicitar entonces al Museo de Arte por lo que pone en juego al acoger estas exposiciones, al curador Miguel López y a la *Red de Conceptualismos del Sur* por hacerlas posibles. Frente a la fragilidad de la vida en un contexto violento, urge apostar por celebrarla y defenderla en todas sus manifestaciones, lo que implica denunciar los diversos mecanismos que promueven la represión, el maltrato y la desaparición a los cuerpos que no se ajustan a las disciplinas normativas que intentan constituirnos.

Así, casi tres décadas después de elaborados, los trabajos de Sergio desafían nuevamente el peso de los diversos autoritarismos que densifican el aire bajo nuestro cielo gris: la imposibilidad de un Estado laico, la marcialidad impuesta desde los primeros años del aprendizaje, la hegemonía heterosexual, el clasismo que intenta camuflar sus formas pero no oculta su poder, los símbolos y valores que inundan la cotidianeidad diseminados desde una iglesia bastante irrespetuosa de la diferencia. Su delgado cuerpo travestido contrasta con las proporciones de las mujeres en las carátulas de prensa que utiliza como fondo en algunas fotos. En otras, los juegos, ritos e intercambios realizados con sus compañeros de performance explicitan la libertad que se inventaron en Chaclacayo, donde construyeron un espacio dedicado íntegramente a la experimentación, fuera de rutinas laborales y convenciones sociales (incluso y sobre todo de las del arte). Las fotos, dibujos y videos exhibidos evidencian una experiencia probablemente única en nuestra historia local, por lo intensa y rigurosa en su uso de los cuerpos de los artistas como materialidad fundamental, entendidos como lugar del acontecimiento, como lugar para la creación y la transformación. Pero siempre a partir de entenderlos como lugar del conflicto cotidiano, en sus maneras de ser leídos y construidos como racializados y sexualizados en una sociedad profundamente colonial y machista.

Zevallos deconstruye, trasviste, modifica a Santa Rosa de Lima en una potente serie de dibujos. Esta figura puede ser también emblemática por el proceso de blanqueamiento al que la sometieron sus representaciones, hasta dejarle piel de mujer de cartel publicitario. El artista la oscurece, la deforma y rodea de elementos irónicamente lúgubres, infantilmente sexuales, ásperamente violentos. Nos regala una Santa Rosa abyecta. ¡Por fin una patrona acorde a las irresueltas conflictividades características de esta ciudad que es un desgarro!

Una joven entusiasta le preguntó al responsable de las blasfemias visuales qué se sentía manipular así los símbolos religiosos. Su respuesta en síntesis fue: “Hazlo tú misma”.